

LAS TORRES ALBARRANAS

Don Elías Tormo, en unas páginas escritas rápidamente, sin auxilio de notas ni de libros, y publicadas en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, plantea el problema de las torres albarranas ². Pero ¿existe realmente problema en torno a esas obras de fortificación medieval?

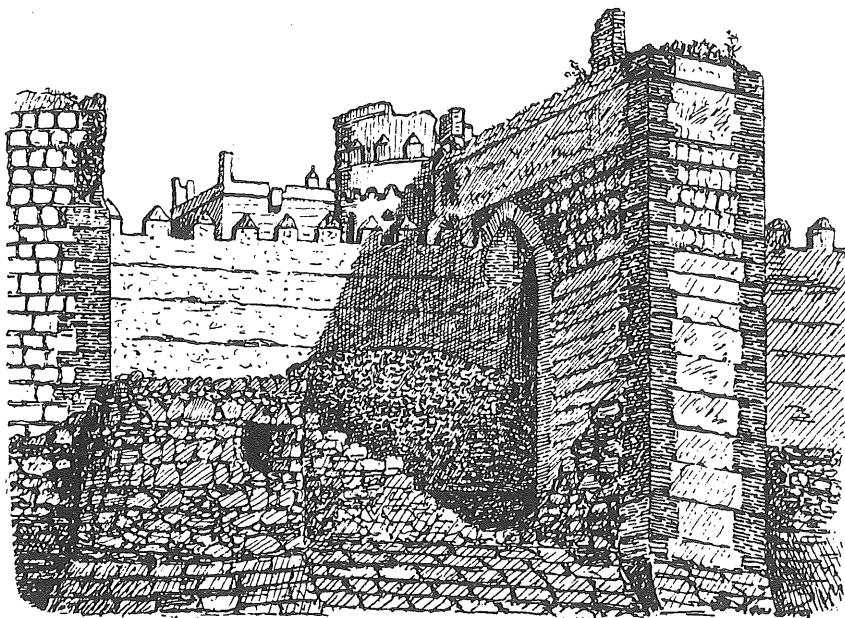
Es bien sabido el abolengo árabe de su nombre. *Barrānī* significa exterior, extraño a la ciudad. *Barrāniyya* se decía de la torre situada fuera de la muralla de un recinto militar. El *Diccionario de la lengua española* incluye, como anticuado, el adjetivo *albarrán*, con el que se calificaba al que no tenía casa, domicilio o vecindad en algún pueblo ³. En *La Gran Conquista de Ultramar* se habla de «torres albarranas que salían fuera del muro,

¹ Inserta esta composición Ibn Baṭṭūṭa, *op. cit.*, IV, pp. 360-362; los traductores de esta obra publicaron su versión francesa. Una española, puesta en verso por don Juan Valera, figura en la obra, traducida por éste, de Adolfo Federico de Schack, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, t. I, 3ª ed. (Madrid 1881), pp. 220-221.

² Elías Tormo, *El problema de las torres albarranas* (*Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, XLIX, Madrid 1941, pp. 139-142).

³ *Supplément aux dictionnaires arabes*, por R. Dozy, I, pp. 61-62; *Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental*, por Leopoldo de Eguílaz y Yanguas (Granada 1886), p. 106.

que estaban otrosí sobre peña tajada» ¹. «De la torre Barrania» se llamaba en el siglo XVI al quinto y más elevado de los castillos de Sagunto, situado en lo último de la sierra, que «costó



Escalona (Toledo).— Torre albarrana en el recinto del castillo, según Felipe B. Navarro.

tanto trabajo al rey don Pedro de Portugal de ganarla, que la cercó después y la metió dentro con los otros castillos, porque no estaba a más que un tiro de ballesta» de ellos ². Las citas po-

¹ *La Gran Conquista de Ultramar*, lib. II, cap. 76, p. 237 de la edic. Rivadeneyra.

² «La palabra Barrania es arábica y quiere decir en romance *forana*» (*Relación del viaje hecho por Felipe II, en 1585, a Zaragoza, Barcelona y Valencia*, por Henrique Cock, edic. de Morel-Fatio y Rodríguez Villa [Madrid 1876], pp. 219-220).

drían multiplicarse fácilmente ¹. Ni etimológica ni documentalmente cabe duda de lo que eran tales torres.

Las torres albarranas suelen estar unidas a la muralla por un arco que las comunica con el adarve general del recinto. Tal emplazamiento tenía por objeto impedir la aproximación del enemigo a la parte más débil y de más fácil acceso del recinto murado, protegiendo la tela exterior o albacara.

Alguna que otra torre albarrana queda aún en los recintos medievales de las ciudades españolas, como en Toledo y Córdoba, y en Sevilla la famosa del Oro. En las páginas de esta *Crónica* he descrito las que, formando serie, se conservan en la alcazaba de Badajoz, obra almohade de la segunda mitad del siglo XII, citando al mismo tiempo las, también en serie, de Mérida, Talavera de la Reina — dieciséis al finalizar la Edad Media —, Escalona y Madrigal de las Altas Torres ². No tenía noticia entonces de las dos pentagonales del castillo de Montalbán, fortaleza de templarios en tierra toledana, que el señor Tormo cita, al mismo tiempo que señala cómo estas series de torres albarranas se levantan siempre en la cortina más débil del recinto para reforzar su defensa. Así están emplazadas las de Badajoz, Talavera (en la parte opuesta al Tajo), Escalona (al lado contrario del Alberche) y Mérida (en los frentes no protegidos por el Guadiana).

Supone el señor Tormo que los arcos que unen las torres albarranas a las murallas salvaban el foso del recinto. Tal vez ocurriera así en alguna ocasión, pero lo acostumbrado es que al pie de la muralla la tela estuviese defendida por un muro bajo o barbacana, con lo que quedaba un camino de ronda al exterior y junto al muro principal. Esta disposición se ve aún en la alcazaba de Badajoz y en el castillo de Escalona, en donde quedan restos de la barbacana, desaparecida en casi todas las fortalezas medievales. El foso, cuando existía, se hallaba al pie de la

¹ Véase *Plazas de guerra y castillos medievales de la frontera de Portugal*, por D. Manuel González Simancas (Madrid 1910), pp. 16-17 y 113-114.

² *La alcazaba almohade de Badajoz*, por Leopoldo Torres Balbás, apud *Crónica arqueológica de la España musulmana*, VIII (AL-ANDALUS, VI [1941], pp. 179-180, 182-185 y 198-202).

barrera o barbacana. Así, en la llamada Puerta de Sevilla, en Córdoba (torre albarrana que estuvo enlazada por dos arcos al muro de la ciudad), el arco más inmediato al muro daba paso al camino de ronda y el otro a las aguas del arroyo del Moro, que servía de foso ¹.

Si atendemos a la etimología de la palabra, el origen musulmán de las torres albarranas es indudable. Parece confirmarlo el que las más antiguas de que hay noticia son las almohades de la alcazaba de Badajoz, levantadas, como ya se dijo, en la segunda mitad del siglo XII. En fecha próxima debieron de construirse las del recinto de Cáceres. Extendieron después también, formando serie, por Extremadura (Conventual de Mérida, de época cristiana) y la cuenca del Tajo (Talavera de la Reina, castillo de Montalbán — anterior a 1302 —, Escalona y Toledo), llegando a Madrigal de las Altas Torres, en tierra de Avila (siglo XIV).

En la España islámica queda memoria gráfica de las que en el siglo XV defendían la parte llana de Granada, hacia la vega, reproducidas en el fresco de la batalla de la Higuera, en el Monasterio de El Escorial, copia de un lienzo contemporáneo del hecho de armas que, en tiempos de Felipe II, se conservaba en el Alcázar de Segovia ².

Ni en las construcciones militares romanas, ni en las bizantinas, ni en las islámicas de fuera de España conozco ejemplo del empleo de torres albarranas. El único problema que suscitan puede ser el de su origen; pero, mientras nuevos datos no rectifiquen los anteriores, ha de suponerse hispánico. — T. B.

¹ Describió perfectamente la situación y emplazamiento de esta torre don Juan Agustín Ceán Bermúdez en su obra *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España* (Madrid 1832), pp. 341-342. Dice «que está a mano derecha, en la salida de la puerta de Sevilla, situada en el extremo de otro lienzo de la muralla, sostenida por dos arcos que salen del muro principal..., y la torre servía para impedir el paso del foso y para registrar los ángulos de la muralla».

² Me llamó la atención sobre la representación de estas torres el señor Gómez-Moreno.

Adición a la p. [28]. — Impreso ya el anterior trabajo sobre Gibraltar, el profesor señor Lévi-Provençal ha tenido la bondad de indicarme algunas rectificaciones a la traducción francesa, hecha por Defrémery y Sanguinetti, de la descripción de dicha ciudad en los viajes de Ibn Baṭṭūṭa. Se dice en el relato de éstos, según el distinguido historiador y arabista, que Abū-l-Ḥasan construyó en la fortaleza de Gibraltar «la gran *Calaborra* [léase القلهرّة, en vez de المأثرة] en la parte más alta del recinto», en el lugar donde existió una pequeña torre arruinada por los pedreros. Construyó ese monarca al mismo tiempo, en la fortaleza, un arsenal (*dār al-ṣināʿa*) y el gran muro que rodea el otero llamado *Al-Turba al-ḥamrāʾ* (la tierra roja), y que partiendo del arsenal llega al lugar llamado *al-Qarmada*. Poco después, Abū ʿInān renovó las fortificaciones, embelleciéndolas, y continuó la construcción de la muralla hasta el cabo de *al-Faṭḥ* (de la Victoria). — Esta rectificación comprueba que, como suponía, la gran torre se llamaba *calaborra* en la época musulmana, y nos dice también la razón de llamarse *la Turba* en los siglos XVI y XVII uno de los barrios de Gibraltar. — T. B.